

ESCUELAS DE IMPERIO
La formación de una elite en los Colegios Mayores
(siglos XVI-XVII)

Dámaso de Lario
Universidad Carlos III de Madrid
orcid id: 0000-0002-6771-5313

DYKINSON
2019

SUMARIO

Prólogo	13
Siglas y abreviaturas	19
Bibliografía frecuente	20
Cuadros, gráficos y mapas	21
Introducción: el sacramento del Poder	23
PARTE I: ORÍGENES	
1. De los conventos a los colegios	33
2. El movimiento colegial europeo (I): siglos XII-XIV	53
3. El movimiento colegial europeo (II): siglos XV-XVII	75
4. El movimiento colegial español	93
PARTE II: FUNDAMENTOS DEL SISTEMA COLEGIAL	
5. Un complejo protector	117
6. El espejismo de pobreza	137
7. El valor del linaje	160
8. La utopía de la norma	190
9. La forja de un colegial	211
PARTE III: LA PROYECCIÓN DEL SISTEMA	
10. Caminos de Italia	245
11. Caminos del Nuevo Mundo	278
12. Los caminos de España (I): por Dios	305
13. Los caminos de España (II): por el Rey	329
Coda: ¿Escuelas de imperio o Imperio de Escuelas?	355
Apéndices	
1. Colegios seculares universitarios europeos (siglos XII-XVII)	361
2. Un elenco de colegios seculares universitarios europeos (siglos XII-XVII)	362
3. Equivalencias monetarias	385

SUMARIO

4. Admisión de colegiales mayores, 1560-1650	387
5. Niveles de renta de los colegiales mayores (siglos XIV-XVII)	388
6. Nota sobre las ediciones de los estatutos y constituciones de los Colegios Mayores (siglos XIV-XVII)	390
7. Distribución de becas en los colegios mayores (siglos XIV-XVII)	396
8. Colegios de procedencia de colegiales mayores, 1560-1650	398
9. Retribuciones de los oficiales del Estado de Milán c.1550-1670	400
Fuentes y bibliografía	403
Índice	435

PRÓLOGO

Este libro es, en buena medida, producto de la curiosidad que, hace casi medio siglo, me despertó el examen de los papeles y las historias que encontré en el archivo del Real Colegio de España –antes Colegio de San Clemente de los Españoles– en Bolonia. Me interesaron, primero, las vidas y los destinos de muchos de los que habían vivido entre aquellos muros *trecentescos* varios siglos antes, a la sombra de la memoria del fundador de aquella Casa, el cardenal Gil de Albornoz. Y, tirando del hilo, me acabaron por interesar también las vidas y los destinos de quienes en España habían formado parte de los colegios que se fundaron en la estela del cardenal. Porque gran parte de esos hombres –nunca hubo mujeres en los colegios medievales y modernos– fueron a engrosar las filas de los dirigentes y oficiales públicos de la Monarquía y de las dignidades de la Iglesia en el Antiguo Régimen.

De igual manera este es un libro salido “del túnel del tiempo”, en un doble sentido: personal y temático. El primero, que poco puede interesar al lector, se refiere a la investigación que está en su origen; se inició en los años 70 del siglo XX y, con las discontinuidades inherentes a los avatares de mi oficio diplomático, me ha venido acompañando hasta hoy. Más interesante puede resultar el segundo sentido que le doy a ese “tiempo”.

La aparición de la obra del norteamericano Richard Kagan sobre las universidades y la sociedad en la España Moderna (1974) supuso una completa renovación en el estudio de esas instituciones y del papel que jugaron en la formación de las elites burocráticas del periodo. Esa publicación iba a coincidir en el tiempo con las de Janine Fayard (1979) y Jean-Marc Pelorson (1980) sobre los miembros del Consejo de Castilla con Felipe IV y los letrados de Felipe III respectivamente. A partir de ahí fueron apareciendo toda una serie de estudios sobre los Consejos, consejeros y altos y medios *oficiales* de la Monarquía, que han enriquecido considerablemente nuestro conocimiento del aparato burocrático del Estado Moderno. No podemos olvidar, sin embargo, la deuda intelectual contraída con el maestro José Antonio Maravall en su obra pionera *Estado Moderno y Mentalidad Social* (1972).

Simultáneamente se produjo una *epifanía* en el ámbito de la historia de las universidades, liderada en Valencia por Mariano Peset –decano de los historiadores de las universidades españolas– que produjo un espléndido in-

tercambio de ideas y esfuerzos investigadores en universidades de España y América. Fruto de ello fueron, entre otros logros, varios congresos científicos –cuyos resultados fueron puntualmente publicados– y la creación del Centro de Historia Universitaria Alfonso IX en Salamanca (1997) –dirigido por Luis Enrique Rodríguez-San Pedro Bezares–, el Instituto Antonio Nebrija de Estudios sobre la Universidad (1997) en la Universidad Carlos III de Madrid –creado por Adela Mora Cañada–, y el Centro de Estudios sobre la Historia de las Universidades en Valencia –dirigido por Mariano Peset¹.

En ese contexto general se renovó y floreció también el estudio de los colegios universitarios, particularmente los llamados “colegios mayores”, gracias a una generación de historiadores en la que destacan Ana María Carabias en Salamanca, María de los Ángeles Sobaler en Valladolid, y Ramón González Navarro y Luis Miguel Gutiérrez Torrecilla en Alcalá de Henares. Baltasar Cuart y yo mismo hemos dedicado buena parte de nuestros afanes investigadores al Colegio de San Clemente de Bolonia, que es el que cuenta con una más amplia bibliografía. No fue ajeno a ello el empeño de su rector durante dos décadas, Evelio Verdura y Tüells (1955-1977).

Pero todo eso es ya historia. El alma [naque], como decía el sabio jesuita Miquel Batllori en sus memorias (*Recuerdos de casi un siglo*, 2001) nos ha alcanzado a todos. Y las tendencias historiográficas han cambiado de rumbo. La historia de las universidades y los colegios ha pasado a ser más territorio de la historia de la educación que de la historia institucional. E incluso en ese ámbito andamos “ayunos de vocaciones” en España; la reciente tesis de Carlos Nieto (2012) sobre el colegio boloñés en el Ochocientos representa una excepción. De otro lado, los debates sobre burocracia y elites burocráticas pasaron a mejor vida.

Con todo, me ha seguido pareciendo útil dar a conocer los resultados de esas décadas de reflexión y de discontinua investigación, iniciada en 1980 con mis *Orígenes del burócrata moderno* y continuado en 2004 en la parte II de *Al hilo del tiempo*. Lo que pretendo hacer en las páginas que siguen es ofrecer mi visión de lo que fueron y para qué sirvieron, los colegios mayores –esas “escuelas de imperio” en mi personal interpretación– que se crearon en España. Y para comprenderlas, me he visto en la necesidad de remontarme, siquiera fugazmente, a los orígenes de las universidades y del movimiento co-

1 El Centro salmantino se integró en 2008 en el Instituto de Estudios Medievales y Renacentistas y de Humanidades Digitales; el Nebrija lo hizo en 2009 en el Instituto Figuerola de Historia y Ciencias Sociales.

legial europeo. Sin ello difícilmente podría entenderse a cabalidad el origen, fundamentos y proyección del sistema colegial que propició la formación de una elite de poder en la España de los Austrias.

El objeto inicial de esos colegios fue la formación de “hombres del saber” en una sociedad donde escaseaban. Las “exigencias del mercado”, es decir, de esa sociedad y, sobre todo, de un aparato estatal crecientemente complejos, llevó a esos colegios a fomentar entre sus escolares el estudio de la Teología y particularmente del Derecho, y en consecuencia a la formación de [hombres] “letrados”. Técnicamente se les llamó *oficiales* desde el siglo XIII², pero ni Maravall, ni García Marín o Alejandro Nieto –por citar sólo algunos autores destacados– han tenido problemas en calificarlos de *burócratas*³. Se trata de un término empleado *avant la lettre*, pero sin duda útil para entendernos contemporáneamente. Lo mismo sucede cuando hablamos de “burocracia”, para abreviar lo que, en puridad, serían “oficiales públicos (o “letrados”) al servicio de la Monarquía” o “de la Iglesia”. De igual modo, hablaremos de “carreras” y de *cursus honorum* de esos “burócratas”, para un período en el que “hablar de promoción o de ‘cursus’ en los oficios públicos, y concretamente en los oficios judiciales en el Antiguo Régimen, supone, en gran medida, un anacronismo”⁴. Nos ayuda, sin embargo, a aligerar nuestro relato, a sabiendas de que la única norma válida para los hombres al servicio del rey era la inseguridad, lo que llevaba a poner en marcha los mecanismos sociales de presión⁵, que los colegios supieron manejar con destreza. Ello no fue óbice para que tratadistas políticos del Seiscientos, como Francisco Bermúdez de Pedraza, consideraran que el ascenso gradual (tradúzcase *cursus honorum*) era “no sólo el mejor medio de dar a cada cargo su persona... sino también el sistema más conveniente, para lograr la deseada eficacia en la gestión de los negocios públicos, además de constituir un adecuado vehículo para premiar méritos adquiridos en el fiel servicio de la Monarquía”⁶.

El lector que se anime a proseguir encontrará en las páginas que siguen tres aspectos diferentes que, aunque relacionados, permiten lecturas separadas. Quienes sólo se interesen por los orígenes y propósitos iniciales de los

2 Vid. Pérez Collados, p. 196.

3 Vid. García Marín (b) y Alejandro Nieto, *Estudios sobre Administración y Derecho Administrativo*, Madrid, INAP, 1986.

4 Cfr. Roldán Verdejo, p. 214.

5 *Ibidem*.

6 Cfr. García Marín (a), p. 34.

colegios en Europa y/o el modo en que se insertan en ese contexto los colegios españoles, pueden ceñirse a la parte I del libro. Encontrarán ahí una interpretación y un apunte de cuestiones y problemas que son sólo la “punta del iceberg” de un asunto que solamente puede abordarse en profundidad desde un equipo pluridisciplinar europeo. La parte II se ocupa de la “sala de máquinas” de los colegios: las normas por las que debían regirse las instituciones y el modo en que, en la práctica, se cumplió el encargo de los fundadores. Se trata de la parte más “técnica” del relato; en ella se pone de relieve el carácter mecenal de esas instituciones y se cuestionan algunos lugares comunes que se han venido reiterando con regularidad.

La parte III es posiblemente la más ambiciosa y trata de mostrar el efecto de la acción de los colegios: qué éxito tuvieron y dónde fueron los escolares que pasaron por ellos. Para ayudar a la comprensión de esa “proyección colegial”, he ido describiendo la estructura administrativa de los distintos territorios dónde se desplegaron los colegiales, he tratado de “colorear” ese despliegue a base de micro-biografías y he dado cifras para poner de relieve los éxitos y los fracasos de la ambición colegial. Algo de microhistoria tiene esta parte del relato, en el que ha sido un instrumento útil la prosopografía.

El espacio temporal al que se ciñen las referencias biográficas (1560-1650) ha venido condicionado por los inicios de esta investigación, que pretendió averiguar el papel que los colegiales de Bolonia jugaron en lo que mi maestro, Joan Reglà, denominara la “impermeabilización” de Felipe II, iniciada en 1568 y que yo quise ver cerrada en 1659⁷. Opción discutible, como lo fueron también las conclusiones a las que llegué en 1980, en relación con el papel jugado por el colegio boloñés, y como lo serán muchas de las afirmaciones que aquí se hacen. La polémica mejora nuestras historias, al igual que las contradicciones y los debates nos ayudan a pensar mejor.

El número de personas que me han ayudado, y que en distintos momentos y lugares han tenido la paciencia de escucharme y de comentar mis planteamientos a lo largo de los años requeriría una *Tabula gratulatoria*, que la memoria y el pudor me impiden reproducir. No puedo olvidar, sin embargo, a los que ya no están entre nosotros, pero cuya generosidad me animó a seguir adelante con un proyecto que a veces tuve la tentación de abandonar: don Antonio Domínguez Ortiz, que regularmente me instaba a que “no le olvidara los colegios”; Helmut G. Koenigsberger, quien –entre otras muchas cosas– me apuntó la importancia de las universidades de Douai y Dole; Adela Mora, que

7 Vid. Lario-García Martín.

sólo pudo leer y comentar los primeros capítulos, y el entusiasta hispanista australiano Graham Harrison.

Richard Kagan y Patrick Williams pusieron generosamente a mi disposición parte de sus archivos personales sobre colegas y miembros de los Consejos. Mariano Peset y Javier García Martín aceptaron leer y comentar muchos de los capítulos del libro. Y Felipe Fernández Armesto, José Luis García Delgado, Cristina Gracia de Saracíbar, Pere Molas Ribalta, Anthony Pagden, Luis E. Rodríguez-San Pedro, y particularmente José Manuel Reyero, Antonio Escudero y Colin Davis me ayudaron y estimularon en distintos momentos a proseguir en este empeño. Debo a Ángel Sánchez Pardo y Jorge Olcina Cantos, del Departamento de Análisis Geográfico Regional y Geografía Física de la Universidad de Alicante, la cartografía del libro. A Manuel Martínez Neira su cuidada edición. Y a las responsables del servicio de préstamo interbibliotecario (PEB) y del CADIST (hoy COLLEX) ibérico de la Universidad de Toulouse II Jean Jaurès, el agradecimiento por su ayuda para facilitarme obras y material de difícil acceso.

Siempre pensé que la paciencia era una virtud finita. Mi mujer y mi hija me han demostrado mi error en estos “años tolosanos”, en los que he logrado poner punto final a un proyecto fraguado hace ya demasiado tiempo.

Tolosa de Languedoc, julio de 2018.